

Convocatoria
“Producir conocimiento con el contexto de la Pandemia del Covid-19 – UNLP 2020”.
Encuentro de Becarías de Posgrado de la UNLP

Malena García
Becaria Doctoral CONICET.
Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford.
Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata

Parar la olla en tiempos de pandemia

La pandemia del COVID-19 puso de relieve las problemáticas estructurales en los sectores más vulnerados de la sociedad. En los barrios populares, donde una buena parte de la población resuelve su día a día realizando trabajos de la economía popular, la imposibilidad de salir a trabajar implicó una demanda creciente en los comedores populares, que en la actualidad alimentan a millones de personas en todo el país. La precarización laboral, además, impacta sobre todo en las mujeres, aquellas que le pusieron el cuerpo a la pandemia en la primera línea de batalla.



Imagen 1. Trabajadora de la aplicación de delivery Glovo.



Imagen 2. Mujeres en la olla popular de la calle 520 y 214. Abasto.

—Cuando cocinamos, armamos las viandas, una vez que la vianda está armada, lo que hacemos es llevarlas a la casa a quien lo necesita, a quien no lo puede venir a buscar. Tenemos abuelos, familias, mamás con bebés, mamás solteras, que les llevamos nosotros la comida —cuenta Alicia.

Históricamente, el trabajo doméstico ha sido un trabajo invisibilizado, precarizado y feminizado: se trata de tareas que no son valoradas socialmente como trabajo, que son invisibles en la economía —no forman parte, por ejemplo, del PBI (1)— y que aparecen como naturalmente desarrolladas por las mujeres bajo el supuesto de que son mejores cuidadoras. Por ende, estas tareas no son remuneradas. Según datos del INDEC (2), las mujeres destinan en promedio seis horas diarias a las tareas de cuidado, mientras que los varones sólo dos.

Las mujeres que trabajan en comedores y merenderos hacen tareas de cuidado, ya que crean redes de contención alimentaria y social para gran parte de la población. Ellas no resuelven sus necesidades económicas de manera individual, sino que sus ingresos están atravesados por las necesidades de los grupos a los que pertenecen, incluso más allá de sus familiares: muchas sostienen redes comunitarias, ayudas sociales, militancias territoriales. Por eso, las tareas de cuidado no suceden únicamente hacia el interior de los hogares, sino que las fronteras entre el hogar y el de los hogares vecinos pueden ser difusas.



Imagen 3. Liliana. Referenta del comedor “Dar por nuestros hijos”, Abasto.

Todos los días, Liliana abre el comedor “Dar por nuestros hijos”, en la localidad platense de Abasto. Hace 17 años que el comedor funciona diariamente, excepto los lunes, brindando viandas y apoyo escolar para los vecinos y vecinas del barrio. Muchas de las trabajadoras de comedores tienen sus principales ingresos a través de programas sociales como el Salario Social Complementario (que equivale a 8500 pesos, y no se actualiza desde agosto de 2019), la Asignación Universal por Hijo y el Ingreso Familiar de Emergencia. En un contexto de escuelas cerradas y trabajos de la economía popular paralizados por la pandemia del COVID-19, aumentaron las horas de trabajo y los riesgos.

—La verdad me preocupa mucho, no te voy a mentir. Pero mi decisión fue seguir, a pesar del miedo que tenía de contagiarme o que mis compañeros se contagien, mi decisión es seguir. El comedor sigue de pie y va a seguir de pie —dice Liliana.



Imagen 4. Olla popular en la toma de las calles 520 y 214. Abasto.

Es conocida la expresión de que las mujeres son las primeras en “parar la olla” en los barrios. Esta afirmación se relaciona con tareas de cuidado comunitarias que son más visibles en tiempos de crisis, pero que responden a lógicas cotidianas. El cuidado de niños y niñas del barrio o cocinar en los comedores son tareas del entramado comunitario de los barrios populares. Las mujeres juegan un rol clave en estos contextos, donde las relaciones de proximidad tienen un peso muy importante para garantizar redes que permitan acceder a derechos como la alimentación, el trabajo y los programas sociales.



Imagen 5. Alicia y Gladys, militantes barriales. Abasto.

Una tarea visible como servir una comida implica muchas otras tareas y recursos invisibles: “Siempre estamos yendo a buscar mercadería donde nos dicen que hay. Salimos a buscar a la mercadería por los negocios que nos dan”, cuenta Claudia. Para la olla popular que realizan sobre la calle 520 —en la toma de tierras que hay desde el año 2015—, hacen el fuego antes de las nueve de la mañana. Además de la preparación previa de todos los insumos y el traslado de la mercadería, llevan elementos propios si es necesario: esta vez, Alicia llevó de su casa seis platos y seis cucharas. Otras compañeras prestaron ollas. Por último, Liliana llevó tablas de madera y palos de madera para revolver los guisos.



Imagen 6. Liliana, referenta del Comedor “Dar por nuestros hijos”, Abasto.



Imagen 7. Liliana, referenta del Comedor “Dar por nuestros hijos”, Abasto.

A fines de mayo, el Frente de Todos presentó la “Ley Ramona” en el Congreso de la Nación. La ley propone reconocer y remunerar a los trabajadores y trabajadoras —casi siempre, trabajadoras— de

comedores y merenderos comunitarios durante la emergencia sanitaria, a través de un bono de 5000 pesos mientras dure el aislamiento preventivo y obligatorio. El nombre de la ley homenajea a la militante social Ramona Medina, quien falleció por COVID-19 después de haber denunciado durante semanas la falta de agua en la villa 31, uno de los barrios más poblados de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En caso de aprobarse, la ley aportará en el reconocimiento y la reparación de las desigualdades económicas que sostienen a miles de mujeres en la precarización laboral y la pobreza.

Al mediodía, ya están listos el guiso de arroz y el guiso de fideos: se forma una fila donde aparecen jóvenes, niños y mujeres con tapers para llevarse la vianda de comida. Por la tarde, al finalizar la olla, tienen agendada una reunión de delegados/as barriales. En la toma de tierras de Abasto, los vecinos y vecinas viven en precarias casillas sin piso y con paredes de nylon, sin acceso a servicios de agua, gas y electricidad.



Imagen 8. Casillas en la toma de tierras que se sostiene desde el año 2015. Abasto.

“Entonces ¿qué hacemos? Vamos a traer agua de los vecinos, o traemos por galones para el baño. Necesitamos más que todo para lavarnos las manos y higienizarnos las mujeres” dice Claudia. Al igual que lo hizo Ramona, Claudia denuncia la falta de agua en plena pandemia, en la capital bonaerense gobernada por la alianza Juntos por el Cambio.

—Mientras tanto seguiremos ayudando y trabajando. Yo les agradezco a mis compañeras que también pusieron el pecho en estos tiempos de la pandemia y todas a la par, tampoco voy a abandonarlas. Estoy muy agradecida del apoyo que tengo de ellas —dice Liliana—. Mis hijos siempre me dicen “vos no estás nunca en mi casa”, pero es verdad, vivo en la calle. Pero es lo que me gusta. No sé, siempre me gustó esto y yo creo que voy a morir con esto, militando.

Imágenes: Malena García